
 CAPILLADA 135. (83 DE MADRID.)

 FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit scire quid ego sim nunc dicturus, anathema sit.

Si alguno dijere que sabe lo que yo voy á decir ahora, le condeno á viajar por la Mancha.

CONC. 5. GER. CAN. 5.

 UN SIMPLE PASEO SIN PLAN.

Asi iba yo por la calle, caminando sin plan, y hecho un simplon; parecia yo el encargado de dirigir la guerra ó el timon de la nave del estado. Que cuando yo oigo decir, al ver la conducta del gobierno y de los generales: «*aquí hay un plan muy grande,*» me echo á reir como un simplon, y digo para mi: «lo que hay aquí es un *sin-plan* muy completo, que vendrá á parar en dejarnos á todos *sin pan*, y no hay otra cosa.» Y si hay *plan*, es un plan en que los nuestros hacen el papel de *simplones*.

Iba yo pues muy tieso y muy inflado; úff.... parecía yo un Baron del Solar de Espinosa; cuando al doblar una esquina, es decir al doblar yo mi cuerpo, que la esquina allí se quedó tan tiesa como estaba, recibí una especie de golpe ó picotazo en la nariz que me hizo volver de mi distraccion: creí que me habia abierto un agujero en el cartilago. Miré, y era otra nariz aun mas larga, estrecha y aguileña que la mia, de estas que llama Platon por excelencia *narices reales*, á la cual seguia en clase de agregado una especie de osario ó esqueleto cubierto con un vestido que se conocia haber hecho sobre aquel cuerpo las seis campañas de la presente lucha. «Vd. me ha hecho un flaco servicio, le dije al hombre de la nariz.»—De modo, amigo Fr. Gerundio, me respondió, que mal pudiera hacer á vd. un servicio gordo, porque no está para eso mi contestura. Vd. ya no conoce á nadie.—Crea vd. le dije, que no tengo la memoria de las fisonomias; pero la de vd. es tan marcada, que si la hubiera visto alguna vez, creo que no la desconocería.—Muchas veces la ha visto vd., pero esta fisonomia no es ya la mia; esta es una fisono-otra de la que tenia cuando vd. me conoció. ¿No se acuerda vd. de don *Familio*

Hambre hace?—Hombre! ¿vd. es el señor *Hambre hace?* ¿Quién le habia de conocer á vd? Le han crecido á vd. prodigiosamente las narices. —No señor, no es que me hayan crecido las narices; es que me han menguado las carnes. Ya ve vd.: diez y seis años que llevo de cesantia; como que lo soy desde el año 23; diez de ellos entre cárceles y emigraciones, y los seis últimos entre esperanzas ministeriales y desesperaciones mias, sin haber podido meter *el hocico* en los empleos.—De manera, decia yo para mi, que si á ese paso te van sobresaliendo las narices, cada vez tendrás mayor dificultad para meter el hocico.

Crea vd. Fr. Gerundio, continuó, que ni en los diez años de persecuciones ha hecho para mi tanta hambre como en los seis que llevamos de lo que llaman libertad; ahora cuando parece que debia respirar y comer, es cuando disfruto de mi apellido en toda su estension. No me han quedado, como vd. ve, mas que narices para oler donde se guisa. ¿Y euándo, P. Fr. Gerundio? Cuando se estan empleando niños que no habian nacido entonces. ¿Pero cómo me han de emplear si están todavia mandando lo mismos que en aquel tiempo me persiguieron mas?—¿Y la familia? le pregunté: porque vd

me parece que tenia familia.—Si señor, pero ahora no sé si la tengo, porque no sé si vive ó muere: la dejé en el pais, y estamos incomunicados, porque no tengo un real para sacar una carta del correo. ¡Otros diez y seis años que llevaba de servicios sin tacha, que aqui están los documentos que lo atestiguan! ¡Diez y seis años, Fr. Gerundio! que con los diez y seis de cesantía, sería ahora el mas antiguo en la carrera! Y me veo mendigando!!!

Me habló en seguida de desesperacion, de tirarse un tiro si tubiera para comprar pólvora, de irse á la faceion, si pudiera hacer traicion á sus principios, y de otras tentaciones igualmente desesperadas: echó una retahila de conjuros á los gobernantes, les regaló una buena dosis de exorcismos acompañados de vigorosas y expresivas interjecciones, y se despidió de mi apretándome la mano con los cinco látigos de su derecha, y encargándome que gerundiára de firme á esos....

Y pronunció un adjetivo; que si yo le escribiera, diria el Jurado que habia lugar á formacion de causa. Yo conocia que al pobre *Hambiechace* se le salia la razon hasta por las roturas de la levita, pero tambien conocí que al hombre de la nariz no le habia quedado

solo nariz sino tambien boca.

Continué mi paseo, siempre con la misma gravedad y prosopopeya, pero siempre sin plan; y al volver otra esquina me dice una voz nasal y gangosa: «Vaya vd. con Dios, P. Fr. Gerundio; hable vd. á la jente.» Miré, y me encuentro con una cara sin narices y sin orejas, único pais sin *facciones* que acaso se encuentra en España en la actualidad. «Hermano, le dije, dispense vd. si no le conozco, porque no recuerdo haber visto hasta ahora ese semblante.—Ah! si; me respondió: muchas veces le ha visto vd. ¡Cuántas veces habra vd. hablado con *D. Rostricio Mutilá!*—¿Vd. qué dice? ¿Es vd. *Mutilá*, el oficial de la intendencia de...—El mismo, amigo Fr. Gerundio, que viste y calza, aunque de caridad.—Pero hombre, ¿cómo ha sido el desfigurarse vd. en esos términos?—¿Qué quiere vd.? Me cogió Palillos en la Mancha euando iba camino de Aragon, con motivo de haberme trasladado el gobierno desde Galicia á una de aquellas provincias con dos mil rs. menos de sueldo en premio de mis servicios, y despues de haberme tenido prisionero quince dias, en los que ya podrá vd. figurarse cómo lo pasaría, en vez de fusilarme, que fue su primera intencion, resolvió mutilarme

las narices y las orejas en la forma que vd. ve, dejándome despues abandonado en el campo. El gobierno sin duda tubo noticia de mi prision, y acaso me contó por muerto; el resultado es que habiendo pasado el tiempo que concede la ley para presentarme á desempeñar mi destino, se proveyó la plaza, y despues por mas que he hecho, no he podido volver á meter *las narices* en la renta.—No, decia yo para mi, lo que es las narices no es facil que tu las metas.

Pues vd., le dije, debia implantarse una nariz artificial por ese método de restauracion que se practica ahora, cuya invencion atribuyen al italiano Taliacoto; porque asi estaria vd. menos deforme.—Ay, P. Fr. Gerundio! Con que no tengo para la boca que es primero, y habia de tener para las narices!—Es que la boca, le repliqué, no veo yo que necesite ser restaurada.—Pero necesita comer.—Es verdad. ¿Y el gobierno no le ha dado á vd. nada?—¿El gobierno? Hasta los porteros de la secretaría me vuelven la espalda asi que me ven, diciendo que ya viene á molerles el desorejado. ¡Ay, Fr. Gerundio! vd. no sabe lo que son esos...—Y le salió no sé si de la boca ó de las ventanas de las ex-narices otro adjetivo primo-hermano del de *D. Familio*, despidiendose de mi con un sus-

piro emitido por tres conductos á un tiempo que penetró hasta lo íntimo de mi corazón.

Volví á continuar mi paseo muy circunspecto y espetado, y al volver otra esquina (1) vino una bocanada de viento que me trajo rodando un bulto negro, el cual tropezando en mis piernas faltó poco para que me hiciera caer, no por la violencia del cuerpo sólido, porque éste se conocía ser bastante liviano ó de poca gravedad, sino por haberseme enredado entre las piernas unos como pliegues de ropa. Bajé la vista, y vi una figura de muger anciana, la cual tenia en la boca dos aleluyas de estas que acostumbran en Madrid á tirar desde los balcones ahora despues de la pascua cuando pasa el viático para los enfermos de la parroquia. Era una viuda á quien habia llevado el aire como á un vapor casi sin tocar en el suelo mas de media calle. La pregunté con qué objeto llevaba aquellas aleluyas entre las encías, á que me respondió: «Ay P. Fr. Gerundio! es lo único de que me mantengo. Cuando sale Dios por la calle, me voy detras del coche, y las aleluyas que no cojen los mucha-

(1) Vds. no estrañen verme dar por las esquinas con tanta frecuencia, porque el que marcha sin plan, ó ha de dar por las paredes, como los generales, ó por las esquinas como yo Fr. Gerundio.

chos porque el aire las lleva lejos, las recojo yo, y ese es mi único mantenimiento por ahora.—Así no es extraño, señora, que esté vd. tan ligera y tan dúctil. ¿Pero no las ha dado á vds. ahora el gobierno una paga?—Ay señor! Al fin sus clamores de vd. parecia que habian sido oídos, y nos han llamado á cobrarla, sí señor. Pero ¿cómo la dan? Gota á gota, como quien lo destila por alquitára. Cada dia reparten una pequeña cantidad, dejando muchos de hueco, de forma que á este paso tardará tres meses en distribuirse una sola mesada, y yo que estoy en la última nómina de las siete en que estamos divididas, sabe Dios si aun para junio la podré hincar *el diente*.—Lo que es el diente, dije yo para mis adentros, ni para junio ni para agosto: como no la hinques la encia.....

Cortó el diálogo con la viuda-vapor una estrepitosa vocinglería de muchachos que venian gritando á todo gritar, ó á *pleine gorge*, como dicen los franceses, *aleluya, aleluya, aleluya*. Si el ministerio *Gasparin* tiene contra sí en las cámaras una coalicion tan numerosa como la de aquellos muchachos, ya pueden los siete ceros contarse entre los difuntos. Seguiales el coche en que iba el sacerdote que llevaba á su Divina Magestad: los cocheros vestidos de amarillo

como doctores en medicina en día de grado; los caballos adornados con bórlas encarnadas como bonetes de doctores en leyes; los acólitos también de encarnado como las birretas de los cardenales, y detras el palio conducido por clérigos con blancas pellices. Disputábanse los muchachos las aleluyas de papel que caían de los balcones, las cuales bajaban impelidas por el aire en movimiento incierto, inclinándose ya á un lado ya á otro, como los sucesos de la guerra: era un papel no consolidado que subia y bajaba como el de la bolsa segun la última oleada. Mucho movimiento, y todo al contado. Los muchachos todos parecia que iban á comprar bienes nacionales segun el afan con que acudian al papel, mucho mas ahora que se admite el de la deuda sin interés para el pago de algunos tercios. Pero cuando se enardecia la peléa era cuando las aleluyas iban llegando á donde podian alcanzarlas ya con las manos: algunos las cogian al vuelo, como los destinos que logran por alto los parientes y ahijados de los ministros: á veces cuando ya las iban tocando con las puntas de los dedos, llegaba otro por detras, les bajaba el brazo y se las arrebatava; y aun no faltaba quien se las arrancase de las manos: de esto se está viendo todos

los días: aun con el nombramiento en el bolsillo, nadie puede asegurar que cuando llegue al destino no esté dada ya la plaza á otro: los destinos son una especie de aleluyas. Cien brazos se tendian alguna vez para alcanzar alguna de ellas, y al cabo venia á cogerla ¿quién? el que menos se pensaba; todo consistia en una oleada de aire favorable. Habia aleluya que caía sobre la cabeza de un muchacho, y por cogerla otro le arrancaba con ella un mechón de pelo. Se atropellaban, se tiraban, caían al suelo grupos enteros, y á veces sobre los caídos se empinaba uno para alcanzar la aleluya. Pretendientes que no reparaban en fundar sobre la ruina de otro.

Todo esto sucedia en medio de una algarrabia horrorosa y de un bullicio atroz. Con sus voces atronaban la calle, con sus movimientos detenian los caballos del coche: jamás ví la irreverencia mas cerca de la magestad. Si Dios no se resiente del trato que le dan en Madrid, no sé cómo hay en la tierra quien no le adore aunque no sea mas que por el atributo de la benignidad.

Con esta ocasion he hecho estos días, yo Fr. Gerundio, un descubrimiento importante en materia de religion. No sabia yo hasta aho-

ra que en Madrid habia dos dioses : uno que llaman *el Dios Chico*, y otro que llaman *el Dios Grande*. El *Grande* es el que se dá á los enfermos que están *en carrera*, es decir, en ciertas calles que constituyen la carrera que hace la procesion el día que sale con toda solemnidad el *Dios Grande* de la parroquia. El *Chico* es el que sale un dia antes para los enfermos que viven *fuera de la carrera*. Este debe ser el mismo que en Granada y otros paises de Andalucía llaman *el Dios de los estraviados*. En Madrid *el Dios de los estraviados* debe ser el de los ministerios, tanto porque son lo mas estraviado de la poblacion, como por la frecuencia con que se estravian los ministros. Que en Granada al *Dios de los estraviados* le llamáran *el Dios Chico*, aun podria pasar, porque al fin allí hubo un *Rey Chico*, celebre en los fastos de los reyes, y parece que no se degradaba tanto la divinidad. Pero que en Madrid, puestos á admitir el *duálismo*, hayan dado á uno de los dioses el nombre de un esbirro, justamente del que prendió á Fr. Gerundio la noche de marras, el nombre en fin del famoso *Chico*, voto á cualquiera Dios, chico ó grande, ó de cualquier tamaño que sea, que esto ya no podria mi pa-

ternidad dejarlo pasar sin capillada.

En fin, pasó Dios y pasaron los vocingleros muchachos. ¡Qué contraste muchachil tan singular han formado estos días la capital de Francia y la de España. Allí que están en paz han andado grupos de jóvenes voceando: «á las armas! el pan á 12 sueldos! (1) viva la república! cantando la *Marsellesa* y la *Carmanñola*, asustando á Luis Felipe y alarmando á su guardia. Aquí que estamos en guerra no se han oído por las calles otras voces que las de *aleluya aleluya*. Vice-versas de las naciones.

Yo seguí mi paseo sin plan, y al volver la esquina de la Puerta del Sol á la calle de la Montera, luego á mano derecha oigo decir: «¿por qué han de tener aquí á este pícaro?». Lo menos que creí fue que *el pícaro* sería algun cabecilla de faccion indultado que se pasearía por la calle de la Montera. Pregunté á una muger que allí estaba, por quién decían aquello, y me respondió que por el difunto señor Varela, Comisario general de Cruzada.— ¡Jesus, ave María Purísima! Pues qué; ¿ha resucitado ese señor por ventura?—No señor, me dijo, sino que este retratista del número 4 tenía aqui una muestra de varios retratos, entre ellos el del señor Varela, y ese hombre que va ahí le ha dado un palo, rompiendo el cristal, y diciendo que por qué han de tener aqui á ese pícaro, y que tan bueno será el retratista como él.—Voto á mi padre San Francisco, dije, que tan brutal es la lógica como la accion; mucho mas cuando por casualidad me consta-

(1) Esa era su verdadera república, el pan á 12 sueldos.

ba que el artista era un antiguo y benemérito nacional, y que el objeto de poner de muestra aquel retrato, no era otro que el de llamar la atención con el de una persona muy conocida del público.

Me acerqué á cerciorarme por mí mismo, y con efecto era así. Con la particularidad que en dicha muestra estaban también los retratos de dos damas, el del famoso pirata Barbarroja, copia sin duda de el del célebre Velazquez que existe en el Museo, y además una escena de borrachos, copia también acaso del ingenioso cuadro del mismo Velazquez titulado: *Una reunion de bebedores*, que tanto admiran los inteligentes. ¿Pues querrán vds. creer, que ni con los borrachos ni con el pirata se metió el hombre del palo, sino que toda su bárbara furia la descargó sobre el Comisario de Cruzada, que si algo bueno hizo fue proteger á los artistas? Miren vds. que el hombre ese haria un magnífico Conserje del Museo de pinturas. Yo, amator acérrimo de los artistas laboriosos, ya que protector no pueda constituirme, me indigné y puse de mal humor con accion tan impropia de un siglo y pueblo ilustrados, y me retiré á mi celda.

En el camino nada me sucedió de particular sino que habiendo encontrado de frente un hombre grueso, alto, rubicundo, con unas mejillas como una manzana que ha madurado al sol, de estos que van chorreando salud por todos los poros, y esparramando vida y mantecas por todas las coyunturas de su cuerpo; y como me falta, según he dicho, la retentiva de las fi-

sonomías, me figuré que era Fr. Joaquin, el guardian mas robusto que tuvimos en el convento; y acercándome á él le dije alborozado: «¡Oh P. Fr. Joaquin! ¡Vd. por aqui!—Amigo, me dijo, vd. debe estar equivocado: yo no soy Fr. Joaquin, sino el general Oráa, servidor de vd.—Perdone vd. señor general, le dije. En efecto, he padecido una equivocacion.»

Y proseguí un poco avergonzado, reflexionando lo que habia visto en *un simple paseo sin plan por Madrid*. Cesantes sin narices, narices seguidas de esqueletos cesantes, viudas que lleva el aire, aleluyas de papel, muchachos irreverentes, un Dios malamente llamado *Chico*, hombres que apalean retratos, y generales á quienes sobran las carnes que faltaban á los cesantes de las narices y á las viudas que comen aleluyas.

LOS ESPÁRRAGOS DE TIRABEQUE.

Ola! Tenemos espárragos de cena, ¿hé?—Si señor: generales de huerta.—¿Cómo generales de huerta? Amigo, das unos nombres á las hortalizas que ni el mismo Linéo las conoceria por ellos?—Señor, llámoles así porque son como los generales, que no se aprovecha de ellos mas que la punta. Al principio despuntan bien, pero despues que se ponen un poco talludos, ya no se saca de ellos jugo ninguno por mas que se les esprima.—Comparaciones son estas, Tirabeque, en que mas se deja ver tu malicia que la similitud de los objetos; y será preciso que en ello te vaya yo á la mano. Pero, en fin, lo

que importa por ahora es que los hayas aderezado bien. Veámoslo,

Hombre, esto está pésimo; aquí no hay sal, aquí no hay sustancia; el guiso parece agua de chirle; luego ahumado... esto está inmanducable, Pelcgrin.—Estará, si señor.—La frescura de la contestacion es lo que me gusta.—Algo le habia de gustar á vd. señor.—Hombre, tú tienes gana de sofocarme. ¿Lo has hecho de intento?—De modo que de intento.... cosa así de intento por dejarle á vd. sin cena no señor. Lo hice no mas á ver si me valia algo; siquiera el grado de teniente sacerdote, ó los honores de fraile de misa.—Tú blasfemas, Tirabeque: ó estás loco ó te burlas de mi.—Señor, ni uno ni otro: sino que como veo que vd. no me da ningun premio por tantas cosas buenas como hago, dije para mí esta noche: «pues señor, voy á ver si el amo obra como el gobierno, y haciéndolo mal me premia. ¿Y le parece á vd. que pido mucho, señor? Y sinó dígame vd.: ¿cuál hará peor estómago, unos espárragos mal guisados ó la capitulacion de Melilla? Y por esta le hicieron al general Alvarez teniente general, con que me parece que no me escedo yo en pedir los honores de misa. No hay peor cosa que hacerlo bien, señor. Verá vd. como al pobre Van-Halen no le dan nada por haberse retirado de Segura. ¡Qué prudencia, mi amo! ¡qué prudencia la de este general! No, no; ha hecho bien; á Segura llevan miedo, como dice el refran. Pues verá vd. como ni le dan el título de conde Segura, ni siquiera acaso unas malas gracias. Con que para mí lo que vd. quiera, ó

el grado de teniente sacerdote, ó los honores de misa; vd. elegirá lo que guste.

Mira; si agarro el quinqué, yo te daré los honores bien dados; yo te aseguro que te he de ordenar esta noche de sacerdote y te he de abrir una corona como este plato: me tienes hecho un Pita.—Perdone vd., señor, que lo que Pita agarra cuando trata de sacudir á alguno, como al hermano Alaix, no es quinqué que es un candelero; que si alguna vez no le hubieran ya detenido, á estas fechas estaría Alaix ordenado de misa, como vd. quiere ordenarme á mí.—Pues bien, escarmienta en cabeza de ministro, y si no quieres que te abra una corona sacerdotal, sé prudente como Van-Halen y retírate de mi presencia.—Pues qué, señor, he ido yo por ventura á atacar algun fuerte para tener que retirarme?—Tirabeque, ten prudencia como Van-Halen, y retírate, mira que si nó te voy á cascar. Con que tras de dejarme sin cena, todavia pretendes premio, hé?—Señor, ya que vd. no quiere darme ni grado ni honores de misa, asi por los medios que Dios manda, hágame vd. siquiera... con poco me contento, señor; deme vd. siquiera el título de vizconde de los Espárragos.—Pues toma, le dije; y le estrellé el plato de espárragos en la cabeza, y quedó chorreando pringue por todos sus pelos. Anda; esos son los honores y los títulos que yo doy á los que lo hacen tan mal como tu. Ahora retírese vd. á la cocina á limpiarse, Sr. vizconde de los Espárragos, y escarmienta vd. para otra vez.